Iglesia Universal

BENEDICTO XVI

Mensaje en la XVII Jornada Mundial del Enfermo

11 de febrero de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

La Jornada Mundial del Enfermo, que se celebrará el próximo 11 de febrero, memoria litúrgica de la Beata María Virgen de Lourdes, reunirá a las Comunidades diocesanas con sus Obispos en momentos de oración, para reflexionar e impulsar iniciativas de sensibilización sobre la realidad del sufrimiento. El Año Paulino, que estamos celebrando, ofrece la ocasión propicia para detenernos a meditar con el apóstol Pablo en el hecho que, "así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación" (2 Co 1,5). Asimismo, el nexo espiritual con Lourdes hace venir a nuestra mente la solicitud maternal de la Madre de Jesús por los hermanos de su Hijo "que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedades hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada" (Lumen gentium, 62).

Este año, nuestra atención se dirige de modo especial a los niños, a las criaturas más débiles e indefensas y, entre éstas, a los niños enfermos y sufrientes. Hay pequeños seres humanos que llevan en su cuerpo las consecuencias de enfermedades invalidantes, y otros que luchan con males que siguen siendo incurables no obstante el progreso de la medicina y la

asistencia de buenos investigadores y profesionales de la salud. Hay niños heridos en el cuerpo y en el alma debido a los conflictos y las guerras, y otros que son víctimas inocentes del odio de personas adultas insensatas. Hay los niños “de la calle”, privados del calor de una familia y abandonados a sí mismos, y menores profanados por gente abyecta que viola la inocencia, provocando en ellos una herida psicológica que los marcará por el resto de su vida. Además, no podemos olvidar el incalculable número de menores que mueren debido a la sed, al hambre, a la carencia de asistencia sanitaria, así como también los pequeños exilados y prófugos que, junto con sus padres, abandonan su propia tierra en búsqueda de mejores condiciones de vida. De todos estos niños se eleva un silencioso grito de dolor que interpela nuestra conciencia de hombres y de creyentes.

La comunidad cristiana, que no puede permanecer indiferente ante situaciones tan dramáticas, advierte el impelente deber de intervenir. En efecto, tal como he escrito en la Encíclica *Deus caritas est*, la Iglesia "es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario" (25, b). Por tanto, hago votos que también la Jornada Mundial del Enfermo ofrezca la oportunidad a las comunidades parroquiales y diocesanas para tomar cada vez más conciencia de ser “familia de Dios”, y los anime para que hagan perceptible en los pueblos, en los barrios y en las ciudades el amor del Señor, que piden “que en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad" (ibid.). El testimonio de la caridad es parte de la vida misma de toda comunidad cristiana. Y desde sus inicios la Iglesia ha traducido en gestos concretos los principios evangélicos, tal como leemos en los Hechos de los Apóstoles. Ante las diversas condiciones de la asistencia sanitaria, se advierte la necesidad de una colaboración más estrecha entre los profesionales de la salud que trabajan en las diferentes instituciones sanitarias y las comunidades eclesiales presentes en el territorio. En esta perspectiva, se confirma en todo su valor una institución conexa con la Santa Sede como es el Hospital Pediátrico Bambino Gesù, que este año celebra sus 140 años de vida.

Más aún, dado que el niño enfermo pertenece a una familia que comparte el sufrimiento a menudo con graves estrecheces y dificultades, las comunidades cristianas no pueden dejar de ayudar también a los núcleos familiares afectados por la enfermedad de un hijo o de una hija. Como el “Buen Samaritano” es preciso que nos inclinemos sobre las personas probadas tan duramente, para ofrecerles el apoyo de una solidaridad concreta. De este modo, el aceptar y el compartir el sufrimiento se traduce

en un soporte útil para las familias de los niños enfermos, creando un clima de serenidad y de esperanza y haciendo que en torno a ellas sientan una familia más amplia de hermanos y hermanas en Cristo. La compasión de Jesús ante el llanto de la viuda de Naím (cfr Lc 7,12-17) y la oración implorante de Jairo (cfr Lc 8,41-56), entre otros, son puntos útiles de referencia para aprender a compartir los momentos de pena física y moral de muchas familias probadas. Todo esto presupone un amor desinteresado y generoso, reflexivo y signo del amor misericordioso de Dios, que nunca abandona a sus hijos en la prueba, sino antes bien, siempre les proporciona admirables recursos de corazón y de inteligencia para que sean capaces de afrontar adecuadamente las dificultades de la vida.

La entrega cotidiana y el compromiso sin detenerse en el servicio a favor de los niños enfermos son un testimonio elocuente de amor por la vida humana, en particular por la vida de quien es débil y en todo y por todo depende de los demás. En efecto, es necesario afirmar con fuerza la absoluta y suprema dignidad de cada vida humana. Con el pasar de los tiempos no cambia la enseñanza que la Iglesia proclama incesantemente: la vida humana es bella y debe ser vivida en plenitud incluso cuando es débil y envuelta por el misterio del sufrimiento. Es a Jesús crucificado que debemos dirigir nuestra mirada: muriendo en la cruz ha querido compartir el dolor de toda la humanidad. En su sufrir por amor vislumbramos una suprema participación de las penas de los pequeños enfermos y de sus padres. Mi venerado Predecesor Juan Pablo II, que ha ofrecido un ejemplo luminoso de la aceptación paciente del sufrimiento especialmente al final de su vida, ha escrito: "Porque en la cruz está el «Redentor del hombre», el Varón de dolores, que ha asumido en sí mismo los sufrimientos físicos y morales de los hombres de todos los tiempos, para que en el amor puedan encontrar el sentido salvífico de su dolor y las respuestas válidas a todas sus interrogantes" (Salvifici doloris, 31).

Deseo expresar aquí mi aprecio y estímulo a las Organizaciones internacionales y nacionales que se ocupan de los niños enfermos, especialmente en los países pobres y que con generosidad y abnegación brindan su aporte para proporcionarles adecuados y amorosos cuidados. Al mismo tiempo, hago un apremiante llamamiento a los responsables de las naciones a fin de que se refuercen las leyes y las disposiciones a favor de los niños enfermos y de sus familias. Siempre, y con mayor razón cuando está en juego la vida de los niños, la Iglesia manifiesta su disponibilidad para ofrecer su cordial colaboración con la intención de transformar toda la civilización humana en «civilización del amor» (cfr. Salvifici doloris, 30).

Para concluir, deseo manifestar mi cercanía espiritual a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, que sufrís de alguna enfermedad. Dirijo un afectuoso saludo a quienes os asisten: a los Obispos, a los sacerdotes, a las personas consagradas, a los agentes sanitarios, a los voluntarios y a todos los que se dedican con amor a la asistencia y al alivio de los sufrimientos de quien afronta la enfermedad. Dirijo un saludo muy especial a vosotros, queridos niños enfermos y a los que sufren: el Papa os abraza con afecto paterno junto a vuestros padres y familiares, y os asegura un recuerdo especial en la oración, invitándoos a confiar en la ayuda materna de la Inmaculada Virgen María, que en la Navidad pasada una vez más hemos contemplado mientras abraza con gozo entre sus brazos al Hijo de Dios hecho niño. Al invocar sobre vosotros y sobre todo enfermo la protección maternal de la Virgen Santa, Salud de los Enfermos, imparto de corazón a todos una especial Bendición Apostólica.

Desde el Vaticano, 2 de febrero de 2009.

BENEDICTUS PP. XVI

Mensaje para la Cuaresma 2009

"Jesús, después de hacer un ayuno durante cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre" (Mt 4,2).

¡Queridos hermanos y hermanas!

Al comenzar la Cuaresma, un tiempo que constituye un camino de preparación espiritual más intenso, la Liturgia nos vuelve a proponer tres prácticas penitenciales a las que la tradición bíblica cristiana confiere un gran valor —la oración, el ayuno y la limosna— para disponernos a celebrar mejor la Pascua y, de este modo, hacer experiencia del poder de Dios que, como escucharemos en la Vigilia pascual, "ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos" (Pregón pascual). En mi acostumbrado Mensaje cuaresmal, este año deseo detenerme a reflexionar especialmente sobre el valor y el sentido del ayuno. En efecto, la Cuaresma nos recuerda los cuarenta días de ayuno que el Señor vivió en el desierto antes de emprender su misión pública. Leemos en el Evangelio: "Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Y después de hacer un ayuno durante cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre" (Mt 4,1-2). Al igual que Moisés antes de recibir las Tablas de la Ley (cfr. Ex 34, 8), o que Elías antes de encontrar al Señor en el monte Horeb (cfr. 1R 19,8), Jesús orando y ayunando se preparó a su misión, cuyo inicio fue un duro enfrentamiento con el tentador.

Podemos preguntarnos qué valor y qué sentido tiene para nosotros, los cristianos, privarnos de algo que en sí mismo sería bueno y útil para nuestro sustento. Las Sagradas Escrituras y toda la tradición cristiana enseñan que el ayuno es una gran ayuda para evitar el pecado y todo lo que induce a él. Por esto, en la historia de la salvación encontramos en más de una ocasión la invitación a ayunar. Ya en las primeras páginas de la Sagrada Escritura el Señor impone al hombre que se abstenga de consumir el fruto prohibido: "De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio" (Gn 2, 16-17). Comentando la orden divina, San Basilio observa que "el ayuno ya existía en el paraíso", y "la primera orden en este sentido fue dada a Adán". Por lo tanto, concluye: "El 'no debes comer' es, pues, la ley del ayuno y de la abstinencia" (cfr. Sermo de jejunio: PG 31, 163, 98). Puesto que el pecado y sus consecuencias nos oprimen a todos, el ayuno se nos ofrece como un medio para recuperar la amistad con el Señor. Es lo que

hizo Esdras antes de su viaje de vuelta desde el exilio a la Tierra Prometida, invitando al pueblo reunido a ayunar "para humillarnos —dijo— delante de nuestro Dios" (8, 21). El Todopoderoso escuchó su oración y aseguró su favor y su protección. Lo mismo hicieron los habitantes de Nínive que, sensibles al llamamiento de Jonás a que se arrepintieran, proclamaron, como testimonio de su sinceridad, un ayuno diciendo: "A ver si Dios se arrepiente y se compadece, se aplaca el ardor de su ira y no perecemos" (3, 9). También en esa ocasión Dios vio sus obras y les perdonó.

En el Nuevo Testamento, Jesús indica la razón profunda del ayuno, estigmatizando la actitud de los fariseos, que observaban escrupulosamente las prescripciones que imponía la ley, pero su corazón estaba lejos de Dios. El verdadero ayuno, repite en otra ocasión el divino Maestro, consiste más bien en cumplir la voluntad del Padre celestial, que "ve en lo secreto y te recompensará" (Mt 6,18). Él mismo nos da ejemplo al responder a Satanás, al término de los 40 días pasados en el desierto, que "no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4,4). El verdadero ayuno, por consiguiente, tiene como finalidad comer el "alimento verdadero", que es hacer la voluntad del Padre (cfr. Jn 4,34). Si, por lo tanto, Adán desobedeció la orden del Señor de "no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal", con el ayuno el creyente desea someterse humildemente a Dios, confiando en su bondad y misericordia.

La práctica del ayuno está muy presente en la primera comunidad cristiana (cfr. Hch 13,3; 14,22; 27,21; 2Co 6,5). También los Padres de la Iglesia hablan de la fuerza del ayuno, capaz de frenar el pecado, reprimir los deseos del "viejo Adán" y abrir en el corazón del creyente el camino hacia Dios. El ayuno es, además, una práctica recurrente y recomendada por los santos de todas las épocas. Escribe San Pedro Crisólogo: "El ayuno es el alma de la oración, y la misericordia es la vida del ayuno. Por tanto, quien ora, que ayune; quien ayuna, que se compadezca; que preste oídos a quien le suplica aquel que, al suplicar, desea que se le oiga, pues Dios presta oído a quien no cierra los suyos al que le suplica" (Sermo 43: PL 52, 320, 332).

En nuestros días, parece que la práctica del ayuno ha perdido un poco su valor espiritual y ha adquirido más bien, en una cultura marcada por la búsqueda del bienestar material, el valor de una medida terapéutica para el cuidado del propio cuerpo. Está claro que ayunar es bueno para el bienestar físico, pero para los creyentes es, en primer lugar, una "terapia" para curar todo lo que les impide conformarse a la voluntad de Dios. En la Constitución apostólica Pænitemini de 1966, el Siervo de Dios Pablo VI identificaba la necesidad de colocar el ayuno en el contexto de la llamada a

todo cristiano a no "vivir para sí mismo, sino para aquél que lo amó y se entregó por él y a vivir también para los hermanos" (cfr. Cap. I). La Cuaresma podría ser una buena ocasión para retomar las normas contenidas en la citada Constitución apostólica, valorizando el significado auténtico y perenne de esta antigua práctica penitencial, que puede ayudarnos a mortificar nuestro egoísmo y a abrir el corazón al amor de Dios y del prójimo, primer y sumo mandamiento de la nueva ley y compendio de todo el Evangelio (cfr. Mt 22, 34-40).

La práctica fiel del ayuno contribuye, además, a dar unidad a la persona, cuerpo y alma, ayudándola a evitar el pecado y a acrecer la intimidad con el Señor. San Agustín, que conocía bien sus propias inclinaciones negativas y las definía "retorcidísima y enredadísima complicación de nudos" (Confesiones, II, 10.18), en su tratado *La utilidad del ayuno,* escribía: "Yo sufro, es verdad, para que Él me perdone; yo me castigo para que Él me socorra, para que yo sea agradable a sus ojos, para gustar su dulzura" (Sermo 400, 3, 3: PL 40, 708). Privarse del alimento material que nutre el cuerpo facilita una disposición interior a escuchar a Cristo y a nutrirse de su palabra de salvación. Con el ayuno y la oración le permitimos que venga a saciar el hambre más profunda que experimentamos en lo íntimo de nuestro corazón: el hambre y la sed de Dios.

Al mismo tiempo, el ayuno nos ayuda a tomar conciencia de la situación en la que viven muchos de nuestros hermanos. En su Primera carta San Juan nos pone en guardia: "Si alguno que posee bienes del mundo, ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?" (3,17). Ayunar por voluntad propia nos ayuda a cultivar el estilo del Buen Samaritano, que se inclina y socorre al hermano que sufre (cfr. Enc. Deus caritas est, 15). Al escoger libremente privarnos de algo para ayudar a los demás, demostramos concretamente que el prójimo que pasa dificultades no nos es extraño. Precisamente para mantener viva esta actitud de acogida y atención hacia los hermanos, animo a las parroquias y demás comunidades a intensificar durante la Cuaresma la práctica del ayuno personal y comunitario, cuidando asimismo la escucha de la Palabra de Dios, la oración y la limosna. Este fue, desde el principio, el estilo de la comunidad cristiana, en la que se hacían colectas especiales (cfr. 2Co 8-9; Rm 15, 25-27), y se invitaba a los fieles a dar a los pobres lo que, gracias al ayuno, se había recogido (cfr. Didascalia Ap., V, 20,18). También hoy hay que redescubrir esta práctica y promoverla, especialmente durante el tiempo litúrgico cuaresmal.

Lo que he dicho muestra con gran claridad que el ayuno representa una práctica ascética importante, un arma espiritual para luchar contra cualquier

posible apego desordenado a nosotros mismos. Privarnos por voluntad propia del placer del alimento y de otros bienes materiales, ayuda al discípulo de Cristo a controlar los apetitos de la naturaleza debilitada por el pecado original, cuyos efectos negativos afectan a toda la personalidad humana. Oportunamente, un antiguo himno litúrgico cuaresmal exhorta: "Utamur ergo parcius, / verbis, cibis et potibus, / somno, iocis et arctius / perstemus in custodia – Usemos de manera más sobria las palabras, los alimentos y bebidas, el sueño y los juegos, y permanezcamos vigilantes, con mayor atención".

Queridos hermanos y hermanas, bien mirado el ayuno tiene como último fin ayudarnos a cada uno de nosotros, como escribía el Siervo de Dios el Papa Juan Pablo II, a hacer don total de uno mismo a Dios (cfr. Enc. Veritatis Splendor, 21). Por lo tanto, que en cada familia y comunidad cristiana se valore la Cuaresma para alejar todo lo que distrae el espíritu y para intensificar lo que alimenta el alma y la abre al amor de Dios y del prójimo. Pienso, especialmente, en un mayor empeño en la oración, en la lectio divina, en el Sacramento de la Reconciliación y en la activa participación en la Eucaristía, sobre todo en la Santa Misa dominical. Con esta disposición interior entremos en el clima penitencial de la Cuaresma. Que nos acompañe la Beata Virgen María, *Causa nostræ laetitiæ*, y nos sostenga en el esfuerzo por liberar nuestro corazón de la esclavitud del pecado para que se convierta cada vez más en "tabernáculo viviente de Dios". Con este deseo, asegurando mis oraciones para que cada creyente y cada comunidad eclesial recorra un provechoso itinerario cuaresmal, os imparto de corazón a todos la Bendición Apostólica.

Vaticano, 11 de diciembre de 2008.

BENEDICTUS PP. XVI